



E. de la Cerda

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES

N.º corriente, 15 céntimos; N.º atrasado, 25
A los correspondientes, mano de 25 ejemplares, 2,50
puntas.—PAJO ADELANTADO.

Madrid 30 de Marzo de 1885

Se admiten suscripciones en toda España abonando
anticipadamente 25 ejemplares, por 5 pesetas.—La co-
rrespondencia, reclamaciones y pedidos al administrador
D. GUILLERMO OSLER, Espíritu Santo, 18, Madrid.



—¡Temo quedarme!... ¡Adios!

EN CADENA PERPETUA

PRIMERA PARTE

Por Emilio de la Cerda



a me estará esperando, murmuró Alberto consultando la hora en el reloj y disponiéndose a pagar al mozo el café que acababa de consumir.

Y sin embargo, continuó hablando consigo mismo, me prometí no verla esta tarde, ni mañana, ni... nunca; vamos, será la última vez; pero de ésta no pasa. Nada la diré de mi casamiento; sería capaz de morirse entre mis brazos. ¡Pobre Luisa! ¡me quiere tanto! ¿Pero qué hacer? Estos amores, que comenzaron por un pasatiempo, en un baile del Real, llegaron a amenazar seriamente mi independencia. Yo la amo, ¿por qué no confesarlo? la amo como no podré amar a ninguna mujer en el mundo; pero su clase... su familia... la oposición que he encontrado siempre en la mía a estas relaciones... mi carrera, mi porvenir por otro lado, que exigen este casamiento con Julia, la hija del único hombre que puede adelantarme en mis ascensos por su posición, sus relaciones... Lo comprendo: es una iniquidad la que voy a cometer. Ella que me lo ha sacrificado todo, todo... abandonarla después de haberla inutilizado para que pueda aspirar decorosamente y sin remordimientos a crearse una familia al lado de un hombre honrado de su clase... ¡Oh! ¡el mundo, el mundo! ¡cuántos sacrificios nos obliga a hacer! Yo quisiera haber nacido de más humilde condición y me casaría con ella; ¡pero un ingeniero!... Mañana llegaré a jefe, y no podré presentar en mi círculo a una familia de artesanos, muy honrados; eso sí, pero de corteza tan ruda, que me abochornarían con sus modales, su lenguaje y sus costumbres. Esta idea me da fuerzas para el rompimiento. Y que va a ser espantoso: llantos, gritos, protestas de amor... En fin, vamos allá y hagamos ánimo. ¡Después de todo, no hay más remedio!... Llevo dos amonestaciones; el domingo es la última y hoy es jueves, y dentro de quince días las bendiciones. ¡Bendiciones! ¡Cómo ha de ser bendita una unión en que uno de los contrayentes no ama! Será un infierno, porque el recuerdo de Luisa no me permitirá ni el fingimiento de una pasión que tan lejos estoy de sentir. ¡Cómo ha de ser! En marcha, y vamos a dar la última batalla. Dicho esto, levantóse Alberto, pagó su gasto y salió del café, dirigiéndose al tranvía del Este, que en breve le condujo hasta una casa de la carretera de Aragón, frente a la cual se bajó.

En un balcón del piso tercero le esperaba Luisa.

Alberto la hizo por señas una pregunta que ella comprendió, porque contestó con un signo afirmativo.

Subió la escalera perezosamente como quien desearía que llegase al cielo para tardar millares de años en llegar, y cuando ya se aproximaba al descanso del tercer piso, alzó la cabeza y vio a Luisa que le esperaba y le recomendaba silencio con un dedo sobre los labios. Cuando estuvo a su lado Alberto, cogióle de la mano y entraron de puntillas en el piso, cuya puerta, preparada convenientemente para estas misteriosas citas, cerraron sin el menor ruido. Después, siempre con el mismo sigilo, se dirigieron a un cuartito modesto, casi pobremente amueblado, con un lecho de madera pintada, una mesita blanca cubierta con un hule, sobre la cual lucía en un vaso de cristal azul de antigua forma un buen manojo de violetas que perfumaban el ambiente de la reducida alcoba. Dos sillas y un arca de pino, blanca como la mesa, completaban el ajuar de la habitación, en cuyas paredes, en-

jalbegadas de cal, y de dudosa blancura, sólo había un cuadro, el retrato de Alberto en un marco de *peluche* de forma de paleta de pintor, regalo del original.

—¿Y tu madre? preguntó Alberto.

—Acabo de acostarla; hoy está fatal de su reuma, que amenaza inutilizarla por completo.

—Tu padre...

—En el taller: hoy velará, porque tiene que concluir de tallar unos muebles para una novia.

—¿Para quién?

—Lo ha dicho y no me acuerdo; creo que es la hija de un alto empleado en la Dirección de Minas.

—¿Para Julia! pensó Alberto palideciendo intensamente; para mí... ¡Qué atrocidad!

—¿Qué tienes? Alberto mío, exclamó Luisa notando la palidez de su amante; estás hoy muy demudado; ¿te sientes mal? Quieres que te haga una taza de té... algo que...

—No, hija, no necesito nada; gracias, contestó éste.

—Pero confiesa que te encuentras mal, ¿no es verdad?

—Sí, Luisa, me encuentro mal; pero no es mi cuerpo el que padece, es mi alma; mi alma, que sufre una crisis horrible, en la que tú estás interesada, mi pobre Luisa.

—¿Yo? ¿y qué es ello? explícate, me das miedo con esas reticencias, con esos anuncios fatales; ¿qué quieres decir con eso?

—Hay cosas, Luisa mía, que no se sabe cómo empezar a decirlas, porque si se manifiestan de repente, matan como el rayo, y si lentamente, hacen el efecto de la agonía que debe sufrir el reo en capilla.

—Pues cuando de una desgracia se trata, yo prefiero que no me hagan sufrir con preparativos. ¿Qué sucede? Dilo pronto. ¿Has tenido algún nuevo disgusto con tu familia por mi causa? ¿Te exigen que me abandones, que huyas de mí? ¡Bah! como eso no puede ser, sólo siento el mal rato que habrás pasado; pero ¿por mí? por mí estoy tranquila, tan tranquila, que me lo habías de decir, y me reíría en tu cara, Alberto mío, porque sólo creería que era una broma.

—Y sin embargo, Luisa... no lo es.

—¡Ah! que tratas de ausentarte y te pones serio como hacen los papás que quieren amedrentar a los hijos que adoran, y se ponen graves hasta que el hijo hace un puchero, y entonces se acabó la gravedad. Pues hijo, no hay pucheros: guárdate la broma y hablemos de otra cosa.

—No, Luisa, hablemos de eso que llamas broma, y que, no obstante, está muy lejos de serlo.

—Vaya, si te empeñas en divertirme, divirtámonos los dos. ¿Qué, te han amenazado con desheredarte? ¿Han suspendido sobre tu cabeza la maldición paternal, como hacían los padres antiguos contra cuyas exigencias se rebelaba un hijo o una hija revoltosos? Vamos, dí, ¿con qué te han amenazado?

—Luisa, siento más ese tono de incredulidad zumbona que has adoptado, que si te manifestases furiosa e indignada. La situación es grave, y debo empezar por decirte que en esta resolución que tú atribuyes a consejos de familia, nadie tiene parte, soy yo quien la he tomado.

—¿Qué resolución! ¿Abandonarme?

—Separarme de ti.

—¿Una separación! Será temporal, supongo...

—¿Para siempre!

—Eso, Alberto, tú no puedes decírmelo en serio, y si lo dices, debes explicarlo, porque grandes deben ser los motivos que puedas alegar, puesto que no creo que hayas dejado de amarme.

—Eso nunca.

—Entonces...

—Mira, Luisa; no sé cómo decírtelo sin ofenderte.

—Dí cuanto quieras, si no dices que no me amas. Es lo único que pudiera, no ofenderme, sino herirme de muerte.

—Pues bien, Luisa mía; yo te amo, te amo con locura; te juro que ni he amado ni amaré á otra mujer sino á tí, y sin embargo, nuestras relaciones son imposibles.

—¡Imposibles!

—Sí, niña mía. Escucha, pedazo de cielo. Nosotros nos conocimos en un baile; yo era estudiante, tenía por delante de mí cinco años de carrera y no creía que tan pronto pasase el tiempo, y que había de llegar uno en que mi posición se habría de fijar, en que ya dentro de esta carrera tendría exigencias de sociedad que me obligarían á no hacer niñerías y locuras. Es verdad que nuestro amor ha avanzado mucho, que tú te has entregado sin reserva á la esperanza, y me has hecho dueño de tu honor; pero afortunadamente, para el mundo no has desmerecido en nada y aún podrías hallar...

—Un maridito ¿eh? interrumpió Luisa con sonrisa forzada, que contrastaba horriblemente con la densa palidez que cubría su semblante.

—¿Y por qué no?

—Porque yo no cometo infamias, y lo sería engañar á un hombre ofreciéndole una mano impura. La mía sólo puede ser tuya ó de nadie.

—Bien. ¿Sientes tú mucho no poder casarte?

—No siendo contigo, están para mí de más todos los hombres, como creo están de más para tí todas las mujeres, porque supongo que, aun siendo cierto que trates de que nos separemos, no te habrías de casar.

—Yo... contestó Alberto cortado por aquella salida.

—Sí... tú...

—Yo... no... sé...

—¡Ah! ya veo claro en el asunto: tú vas á casarte, Alberto; tú estás comprometido para algún enlace de conveniencia, en que se interesa tu familia...

—Te juro...

—No, no jures; porque serías perjuro dos veces. Tú me has jurado hacerme tu mujer, y mentías cuando tal asegurabas.

—Yo entonces...

—Calla!... Tú entonces lo creías, y yo, niña inocente, que era la primera vez que amaba, también lo creí, y juzgándote ya mi esposo, porque si Dios hubiese bajado en figura humana y me hubiera dicho que no, no le hubiera creído, me entregué á tí con la misma confianza que si sintiera sobre mis sienes la corona de azahar de la desposada. Eramos dos niños: más bien, tú lo eras, porque cuando la mujer es mujer, puede el hombre ser aún niño; hoy te ves ya hombre, me juzgas poco para tí, y me dejas para buscar en otro casamiento el logro de aspiraciones que yo no conozco, pero que tú debes saber. Pues bien: yo sigo siendo la que era; soy mujer, y te juro que no te he de abandonar. Si no te casas, tendrás que admitirme como mancha ó echarme á palos de tu lado, y aún volvería como el perro fiel á quien castiga su amo. Si te casas has de verme siempre ante tus ojos, siendo tu eterno remordimiento, tu constante pesadilla, el peligro diario contra tu tranquilidad. Yo no me separo de tí. Ahora decide.

—¡Tanto me amas!

—Te amo tanto, que por no perderte no te mato: te amo tanto, que porque nadie te ame no me mato yo. ¡Oh! y no te amarán, no; porque han de saber que tú no amas á nadie más que á mí, ¿es cierto? porque tú me lo has dicho, y ó eres un impostor infame,

ó has de demostrarme que no has mentido. Yo no seré tuya ante el altar; pero ninguna mujer podrá llamarte suyo de veras; yo te lo juro por lo más sagrado.

Alberto estaba anonadado. Aquella mujer se alzaba en su camino como un fantasma eterno, como en compañero de cadena para toda la vida. Y como la amaba aún, presentía que su existencia iba á ser en adelante un tejido de disgustos, de trastornos, de contrariedades sin límites.

—Y bien, Luisa, ¿cuáles son tus proyectos? exclamó al fin.

—¿Y los tengo yo acaso? ¿Crees tú que está mi ánimo para trazarme un plan de conducta, ni podría hacerlo cuando eso dependerá de lo que tú hagas? Mi único proyecto es no separarme de tí: hé ahí todo. Y no creas que escandalizando, deshonorándome más de lo que tú me has deshonorado, nada de eso. ¿Eres mío? pues allá voy yo donde va mi propiedad. Que te casas, pues á tu casa me voy; que vives sólo, pues yo te acompañaré cuanto pueda; que vives con tu familia, pues tu perro, esta pobre mujer que te quiere tanto, te esperará cuando salgas, irá donde tu vayas; que te vas de Madrid, que partes para América, yo también partiré. Ese es mi plan. Vé ahora si es posible separarte de mí. Soy tu sombra, la sombra de tu alma, que te sigue como te sigue la del cuerpo. ¿Puedes borrar ésta? No: pues menos podrás borrar la que sigue paso á paso tu conciencia, porque por lo menos el cuerpo no tiene sombra si no hay sol, y para la conciencia siempre hay el sol de la Providencia que la alumbrará, y tu conciencia me proyecta sobre tu alma.

Ahora márchate, Alberto, mi madre me llama á su lado, y además en breve subirá la vecina que nos acompaña de noche. Reflexiona sobre cuanto te he dicho, y adios.

—Te dejo desesperada, Luisa, y yo quisiera verte tranquila.

—¡Tranquila! ¡Si lo estoy!... ¿Crees que no? Pues mira, mi despedida es la de siempre. Adios, Alberto mío.

Y rodeándole el cuello con los brazos, estampó en sus labios un apasionado beso.

Alberto, trastornado con la entereza de aquella mujer que creía habría de deshacerse en lágrimas y ahogarse con su pena, bajó las escaleras sin poder á coordinar una idea, y como un beodo, en cuyo cerebro se confunden y barajan los pensamientos, no logró organizarlos y darles forma racional.

Alberto no volvió á poner los pies en casa de Luisa. Temía que su amor diese al traste con sus ya tan avanzados proyectos matrimoniales.

Luisa, no hizo gestión alguna para estorbarlos, ni molestó con su presencia á su antiguo amante.

Trascurrió una semana y dos y tres, y casi iba á hacer un mes de su despedida, cuando tuvo lugar la boda, que se verificó en casa de los padres de la novia, en una hermosa noche del mes de Septiembre, partiéndose desde la iglesia los novios á una casita de campo que aquéllos poseían en las inmediaciones de Vicalvaro. Alberto iba triste y meditabundo. Julia le observaba, pero no se atrevía á pedirle explicaciones, sobre aquel estado de su ánimo, que ella, en su inocencia creía era común á todos los recién casados, á quienes suponía debía afectar el grave paso que es para un hombre el abandono de su libertad para sujetarse á obligaciones y cuidados como los que trae consigo el matrimonio. Alberto pensaba en la amenazadora actitud de Luisa la tarde en que se despidieron, en sus juramentos, que él no dudaba llevaría á cabo, y esto era lo que le inquietaba, porque no sabía cuándo, ni de dónde saldría el primer anuncio de aquellas



—Por nuestra dicha, contestó Julia

hostilidades con que le había amenazado. Temía verla surgir de repente interponiéndose como una sombra entre él y su esposa para eclipsar su dicha y alterar su tranquilidad. Sin darse cuenta de ello, la sombra se proyectaba ya sobre su espíritu: era, como decía Luisa, la sombra de su propia conciencia derramándose sobre su alma.

Llegaron á la pequeña posesión.

Al instalarse en la casa, en medio de aquella melancólica soledad, de aquel silencio sólo interrumpido por el graznar de las ranas del estanque y el lejano cantar de los carreteros que pasaban por el camino, á trescientos metros de la finca, Alberto comenzó á serenarse, y mientras su esposa cambiaba el traje de desposada por uno elegante de casa, auxiliada en su tocador por la doncella, él, asomado á uno de los balcones, aspiraba con delicia las emanaciones de la tierra del jardín, aún húmeda por la lluvia que había caído por la tarde y los perfumes de las últimas flores con que se despide la estación calurosa, como su última sonrisa á la tierra que abandona para dejar paso á las escarchas y los helados vientos del invierno.

Por enamorado que se esté de una mujer, cuando se encuentra un hombre dueño legítimo de otra, joven y bella, de quien en breve ha de tomar posesión, y esto acontece en circunstancias como aquellas, en la soledad de un campo, en una estación templada, en una casa tranquila, elegante y dispuesta con toda la coquetería de un nido de amores, todo se olvida para no pensar por el momento en otra cosa que en disfrutar de aquel primer rayo de la luna de miel, sobre el que se ven flotar imágenes voluptuosas, revoltosos amorcillos que agitan sus alillas de gasa y os llaman é incitan con picaresca sonrisa á tomar posesión de aquel trono de plumas, de sedas y de encajes que forma vuestro lecho nupcial, en el que aparece pudorosamente cubierta la mujer amante, que espera vuestro primer beso á la tibia luz de la lámpara de porcelana que esparce sus rosados reflejos sobre las paredes de la misteriosa alcoba.

Todo esto lo veía surgir Alberto de la densa oscuridad en que vagaban sus ojos, abiertos sobre la tenebrosa llanura que se desarrollaba como un funebre manto de sombras delante de la casa; ya no pensaba en Luisa; sólo tenía un pensamiento, muy legítimo, muy natural al fin: acostarse con su mujer.

Eran las once de la noche.

Julia apareció en el saloncito, cuyos candelabros encendió la doncella mientras la novia se reunía con el novio en el balcón. Julia estaba preciosa con su traje argelino bordado de oro y adornado de encajes, y su pequeña cofia de rizadas cintas, bajo la cual brillaba el blondo cabello dispuesto para la noche con una coquetería encantadora.

—¿Quieres que tomemos algo, Alberto? preguntó con dulzura á su marido. Confieso que tengo hambre, y que de buena gana daría cuenta de algunos pastelillos de los que mamá mandó poner en el carruaje.

—Como quieras, Julia, contestó Alberto. Yo no tengo apetito; pero te acompañaré mientras satisfaces el tuyo.

—Vamos, toma este pastelillo de Chantilly, y mientras yo despacho algunos, abre esta botella de Jerez y beberemos á la salud de nuestros buenos padres y por nuestra dicha.

Alberto aceptó el pastelillo, y después abrió la botella, llenando algunas copas de un precioso juego de plata sobre dorada que había en un velador.

Animado con las libaciones, repitió la dosis de pastelillos, y poco á poco sintióse tan amante de Julia como si toda su vida la hubiese idolatrado. Enlazó

con la mano izquierda el talle flexible de su mujer, mientras con la derecha presentaba á los labios sonrientes de ésta una copa del generoso néctar.

—Por nuestro amor, dijo.

—Por nuestra dicha, contestó Julia desflorando la copa y poniendo la suya sobre los labios de Alberto. Después se oyó el chasquido de un beso.

Era el primero, y resonó muy lejos.

Escuchóse un pequeño grito en la habitación próxima, y la caída de un objeto que se hizo pedazos.

—¿Qué es eso? dijo Julia en voz alta.

—Nada, señorita, que se me ha escapado de las mamas la bomba de la lámpara... y se ha roto, contestó la doncella.

—Otra vez tenga más cuidado, Ana; ponga Vd. ahora la otra bomba que vino de reserva, contestó Julia, mientras Alberto, pálido y trémulo, la decía oprimiéndola una mano:

—¿Quién es esa mujer...?

—La doncella nueva, Ana; ¿no la has visto cuando encendía las luces?

—No he reparado; pero esa voz...

—¿Has creído conocerla? Imposible: la chica ha llegado anteayer de Asturias; se la ha recomendado á mi madre no sé quién, y la ha tomado para mi servicio. ¿Quién te figurabas que pudiera ser?

—Nadie... su voz se parece á la de otra chica que tuvimos en casa... pero esa no era de Asturias.

—¿Quieres más pastelillos? dijo Julia á Alberto, en quien no notó la visible alteración del rostro.

—No; come tú, si quieres.

—Ya no tengo más ganas. Ahora lo que tengo... es sueño. Este vino es tan fuerte para mí...

Alberto, ya tranquilo, dijo á su esposa:

—Si te parece, nos acostaremos.

Aquel *nos* hizo ruborizar á Julia, quien poniéndose como la grana, contestó:

—Como... tú quieras; pero estate aquí mientras me desnudo. Ya te avisaré.

—Sea, vergonzosilla, por esta noche.

Julia miró á Alberto con cariñosos ojos, le mandó un beso, que encerraba mil promesas con sus afilados dedos, y corrió hacia la alcoba llamando á Ana para que la ayudase á desnudarse.

Alberto quedó sólo en el gabinete.

Entonces pensó otra vez en aquella voz que le había conmovido, y que en su imaginación tomaba el timbre bien conocido de la de Luisa.

¡Siempre el mismo fantasma alzándose delante de su felicidad!

Un cuarto de hora después, oyó la misma voz que decía:

—Muy buenas noches, señorita, que duerma usted bien.

Y Ana salió de la alcoba, pasó por el cuarto del tocador que la precedía, entró en el gabinete y cerró la puerta con llave.

Al volverse, Alberto se encontró frente á frente de Luisa.

—¡Tú aquí, desgraciada! exclamó Alberto.

—Y bien, ¿y qué? ¿No te juré que viviría contigo si te casabas? pues aquí me tienes.

—Pero lo que pretendes es imposible, Luisa.

—¡Imposible! Más imposible me parecía á mí que tú me abandonases y te casaras con otra, y lo has hecho. Figúrate qué me parecerá á mí imposible ahora.

—Vamos, Luisa, reflexiona sobre lo que estás haciendo: esa mujer es mi esposa, y yo debo...

—Volar á su lado ¿eh? Pues tendría que ver que yo hubiese venido aquí justamente para evitarlo, y que fuese la que te abriera las puertas de ese nido, donde

esperas olvidar por breves horas que tu esposa, tu esposa legítima ante Dios soy yo, y nadie más que yo.

—Pero ¿hasta dónde píasas llevar tu locura, desdichada? No ves que esto, que evitas hoy, no podrás evitarlo mañana, y que sólo retardas horas...

—¡Cál! ¡no lo creas! Cuento con que tú me has de ayudar en mi empresa. Grita, pégame, mátame, denunciate como el criminal que me has robado honor, tranquilidad, porvenir, todo... y veremos qué contesta esa mujer, que te cree honrado y bueno, cuando sepa que te has casado con ella por el mezquino interés de hallar una sombra protectora en su padre, mientras sigues amándome á mí, á mí, que tengo derecho antes que nadie á que me ames. ¿Verdad que me amas, Alberto? ¿Verdad que yo te gusto más que esa mujer, aunque no traigo azahar sobre mi cabeza, ni ricas batas, ni cofias adornadas, como una meretriz que necesita estimular al indiferente amante de una noche?

—Sí, te amo, te amo, Luisa, pero por ese mismo amor te pido no turbes mi tranquilidad.

—¡Ah! ¿y puedes estar tranquilo después de lo que has hecho? ¿Y la tranquilidad que me has arrebatado no la estimas en nada?

—Yo te seguiré amando, yo te veré con frecuencia, cuando tú quieras, pero fuera de aquí, en tu casa, en otra que tomaremos; seré desleal, perjuro con mi esposa; pero lejos de esta casa, Luisa, de esta casa que vienes á convertir en un infierno.

—¡Ah! tú quieres tener señora y manceba; cumplir los deberes de esposo y amante... ¡Hola, señor sultán! No hijo, el amor es exclusivista cuando es verdadero; ó ella, ó yo, ó ninguna de las dos.

—Pero ya esto no tiene remedio; la muerte sólo...

—¡La muerte! Pues qué, ¿no estoy yo viva y me has abandonado á mi desesperación?

—Y qué, ¿pretendes que yo me separe de mi mujer el día mismo de nuestras bodas? ¡Un escándalo que arruinaría mis esperanzas y mi porvenir! Vamos, Luisa, sé razonable: tu madre enferma necesita de tus cuidados...

—Ya no necesita de nada, ¿no me ves de luto? Ha muerto hace quince días.

—Tu honrado padre que te buscará con desesperación...

—Mi padre cree que me he fugado con un amante y no me buscará, estate seguro de ello; se avergonzaría de encontrarme.

En este momento una voz dulce decía desde la alcoba:

—¿Alberto? Ya puedes entrar.

—¿Oyes? me llama—exclamó Alberto dando un paso hacia la puerta.

—No, no entrarás porque tengo yo aquí la llave, contestó Luisa, defendiendo la puerta del tocador con su cuerpo.

—¡Sea! dijo Alberto cruzándose de brazos; pero explícame cómo he de disculpar yo esta falta, que sólo comete un canalla.

—Yo te disculparé; descuida.

Y Luisa abrió la puerta y entró en el cuarto de tocador.

—¿Llamaba Vd., señorita? preguntó á Julia.

—A Vd. no, ¿quién la ha dicho á Vd. que venga? continuó con mal disimulado despecho la joven desposada.

—Es que el señor... está dormido en el gabinete.

—¡Dormido! exclamó Julia incorporándose en el lecho.

—Sí, señorita. Cuando salí quise despertarle; pero me rechazó diciéndome: déjame dormir, Luisa.

—¿Luisa! ¿quién es Luisa?

—Creería que estaba en su casa, y que era alguna de sus criadas la que le despertaba.

—¿Y no dijo más?

—No, señorita.

—Bien, váyase Vd. á acostar.

—¿Quiere Vd. que vuelva á despertar al señor?

—No, déjele Vd. dormir y cierre la puerta con llave y pásela por debajo.

—Pero...

—Váyase Vd. la digo.

Ana ó Luisa, salió, y Julia se cubrió los ojos con ambas manos. No podía más, y lloraba. Aquel sueño despreciativo, aquellas frases recogidas por su doncella y tan imprudentemente repetidas, la hacían sufrir demasiado. Entretanto Luisa obedecía con feroz alegría las órdenes de su ama.

—¿Qué haces! exclamó Alberto al ver que cerraba la puerta y pasaba la llave por debajo.

—Ya lo ves; la encierro. Me lo ha mandado así tu señora, que te cree dormido como un lirón y soñando con otra mujer.

—¡Oh! Dios mío, ¡qué vergüenza y qué escándalo!

—Vaya, pues yo me voy á descansar, amigo mío: por esta noche mi programa está cumplido.

—¡Oh! no te vayas, no te vayas, Luisa; quédate á mi lado; bien sabes que te amo y que contigo...

—¡Ah! no, no, contestó Luisa, huyendo de los brazos con que trataba de aprisionarla Alberto. Tú has creído, acaso, que todo esto que he hecho ha sido para ocupar el lugar de tu mujer. ¡Qué mal me conoces! Bajo tu propio techo, en la casa de esa mujer quieres que me entregue á los delirios de una pasión que empieza á afectar los caracteres del odio por lo cruel y lo insensata. No, Alberto: yo no he venido aquí á profanar esta casa con amores adúlteros: he venido aquí á romper los lazos que te unen con esa mujer, y los romperé ¿entiendes? los romperé. ¿Quieres evitarlo? Odíame, deshónrame á sus ojos, arrójame de esta casa como á un perro molesto. Entonces, cuando me persuada de que ya no me amas, cuando te vea amando á otra, saldré y me mataré; pero mientras sepa que me amas con delirio, mientras esté convencida de que tu ambición solamente te ha hecho aceptar este estado que repugna á tu corazón, porque tú no amas á esa mujer, yo estaré aquí, á tu lado, gozando con verte, pero dispuesta á no sufrir el atroz martirio de saber estás en los brazos de otra mujer.

—¿Y cuándo crees que esto tenga término, y qué término crees que esto tenga?

—¡Ah!... Hé ahí lo que no puedo saber, ni me importa. Suceda lo que suceda, me cogerá indiferente. Tus riñas con tu mujer, su mala cara, sus celos, sus llantos, su desesperación, vuestra separación misma, consolarán mi pena. No es venganza la que tomo, no; tomo lo que es mío; tu corazón, que me pertenece, pero sólo tu corazón, porque tú entero, en cuerpo y alma, sólo puedes pertenecerme cuando me pertenezcas á mí sola. Adios.

—Luisa, quédate, te lo suplico, exclamaba Alberto.

Luisa llegóse á él: púsole las dos manos sobre los hombros, llamó á sus ojos una inmensa llamarada de pasión y dijo cerca de su boca, y embriagándole con el perfume de su aliento.

—Temo quedarme... Adiós.

Y salió corriendo del gabinete sin esperar la respuesta que adivinaba de Alberto.

Cuando el joven quedó solo, empezó á reflexionar sobre cuanto acababa de sucederle.

La situación no podía ser más difícil.

Si él no hubiese amado tanto á Luisa como la amaba; si su ruptura con ella hubiera reconocido por causa el hastío, la indiferencia, una nueva pasión, algo que hubiese terminado por completo toda relación con la joven, el problema estaba resuelto, la situación aclarada en cinco minutos. Con sólo rechazarla y mostrar su preferencia á su legítima esposa, estaba todo terminado. Confesaría á Julia estas antiguas relaciones, se mostraría severo con la temeraria que venía á alterar la paz de aquel matrimonio, aún no consumado, y apoyado uno en otro los dos cónyuges, expulsarían á aquella obcecada y desenvuelta criatura. Podría sobrevenir una catástrofe si Luisa, dominada por su pasión, buscaba en la muerte un término á sus penas; pero esto es lo que menos preocupa al que ha dejado de amar á una mujer y se ve halagado por una nueva pasión, y desvanecido por los atractivos de una posición nueva y brillante.

Lo grave aquí era que Alberto no había dejado de amar del todo á Luisa, á la que sacrificó sólo por la ambición de un porvenir, á que debía renunciar unido á ella. Por eso era imposible que se manifestase hostil hasta el punto de rechazarla en los momentos en que ella reclamaba sus derechos de mujer amada y amante. Alberto sólo temía el ridículo que se veía obligado á hacer á los ojos de su esposa, y más tarde de su familia, si aquella situación continuaba y, como era de esperar, se apercebían de ello los padres de Julia, acaso los amigos de éstos, que sabe Dios cómo calificarían aquel alejamiento del lecho conyugal, aquella indiferencia hacia una esposa, joven y bella.

Cuando se vió solo en el gabinete arrojado de la alcoba donde descansaba la que era su esposa, y aún no su mujer, titubeó entre llamar ó no á la puerta, rogarla que abriese, y disculparse ante ella, que al fin, cándida y niña, concluiría por admitir sus excusas; pero costábale trabajo mendigar este favor á la puerta de su esposa; parecía ridículo hacerla levantar, abrirla y hacer su *debut* de marido por un altercado. Además creía que Luisa, siempre vigilante, se arrojaría entre los dos en el momento en que viera fracasado su plan, y entonces sería preciso decidirse ó por ella ó por su mujer, escena gravísima que le hacía estremecer con solo figurársela. Prefirió aguardar que los acontecimientos variasen por algún imprevisto incidente. Echóse, aún vestido de frac como en el momento de la ceremonia nupcial, sobre un diván, y ya cerca de la madrugada quedóse profundamente dormido.

Al día siguiente, la luz del sol que entraba á torrentes por los abiertos balcones, despertó á Alberto. Recordó su situación, y sintió que le subían oleadas de vergüenza al rostro cuando pensaba en el primer encuentro que había de tener con su esposa.

Este no se hizo esperar. Julia, que no había podido dormir en toda la noche, confundida y lastimada en su amor propio de mujer y en su dignidad de esposa, por aquella que creía real ó afectada indiferencia del hombre á quien se había unido sinceramente enamorada y creyendo en sus protestas de cariño, levántose muy de mañana, y vió por la cerradura á Alberto que dormía profundamente. Cuando le sintió andar por la habitación y abrir los cristales y las persianas, abrió á su vez la puerta, y firme en la resolución que había tomado de no dejar traslucir su indignación hasta que él se explicase espontáneamente, entró en el gabinete y saludó con semblante risueño á su esposo, diciéndole al tenderle la mano:

—¿Qué tal se ha dormido?

—¡Oh! Julia perdóname; estaba rendido, y me dormí como un jayán que ha estado cavando todo el día.

—Eso, contestó Julia, no tiene nada de particular; yo también creo hasta cursi el someterse á la vulgar costumbre de acompañar á su esposa desde la primera noche. Tuviste sueño, te dormiste, soñaste tal vez que estabas aún soltero, en tu casa, que te despertaba Luisa...

—¿Quién?

—La criada, supongo, que te llamaba todas las mañanas para ir á clase cuando eras estudiante...

—¡Oh! ¿Y quién te ha dicho que se llamaba Luisa?

—Ana, mi doncella, á quien contestaste anoche suponiéndola... esa Luisa.

Alberto se mordió los labios.

—En fin, continuó Julia, no hablemos de eso.

—Cree que estoy profundamente turbado, avergonzado con mi conducta de labriego estúpido.

—¡Bah! Otros se van de su casa la noche de novios, según contaba una amiga mía compañera de colegio. Al menos mi marido ha estado durmiendo á la puerta de mi cuarto, del que, como suyo, puede tomar posesión cuando lo estime conveniente.

Alberto no contestó, y el día pasó en una semi-seriedad entre los esposos, preocupados cada cual con sus íntimos pensamientos.

Alberto veía llegar la noche con verdadero terror.

Al acercarse la hora de recogerse, Luisa encontró ocasión de entregar á Alberto un billete.

«Si me amas aún, le decía, baja al jardín cuando se acueste esa mujer: tenemos que hablar.»

Alberto cayó anonadado en un sillón.

¡Otra falta! Y después de la conversación habida con su esposa, después de tanta necia disculpa... Este nuevo golpe le asustaba. Pero en medio de todo, sentía cierta amarga alegría. Su mujer no podría tolerar aquel nuevo desaire, saldría de su cuarto, le buscaría, armaría algún escándalo al sorprenderle en el jardín con su doncella, á la que arrojaría de la casa, se lo diría á su familia y por lo menos le crearían un calavera, pero nunca lo que más temía: un desgraciado... Aquella cadena empezaba á hacersele muy pesada; no deseaba romperla, porque amaba á Luisa; pero quería que su compañero de condena le arrastrase al abismo en que se precipitaba, y ya ni le importaba el porvenir, ni la pérdida de su reputación de hombre serio y decente.

—El mal, se decía, es irremediable: ó Julia ó Luisa; la mujer legítima ó la querida. ¿Qué hacer? El deber me manda ir al lado de mi esposa: el amor me traza con líneas de fuego el camino hacia la amante. Todos mis sueños de ambición terminaron. Viviré oscuro con mi carrera al lado de esa mujer, que como ella dice, es la sombra de mi conciencia sobre mi perturbado espíritu. Acudiré á la cita.

Para evitar todo encuentro con su esposa, Alberto bajó al jardín antes de la hora de acostarse.

Julia le vió paseando por las enarenadas calles, que empezaba á cubrir el viento de hojas secas arrancadas de los árboles, rosales y enredaderas.

—Buenas noches, caballero, dijo á Alberto desde el balcón del cuartito de tocador.

Era como un llamamiento al ingrato que la abandonaba.

Alberto vaciló un momento. Aquella mujer le recordaba castamente un deber que aún no había sabido cumplir, y ya iba á contestarla. «Voy al momento,» cuando se interpuso entre los dos un cuerpo extraño que apareció en el balcón y dijo en voz alta:

—Permítame Vd. señorita. Cerraré las persianas y los cristales.

Un momento más, y el balcón se cerró como la losa que cae sobre un sepulcro recién abierto.

Todo quedó en silencio.

Un cuarto de hora después Luisa se deslizaba á la sombra de la fachada de la casa y hacía señas á Alberto para que se le reuniese.

—¿Mi mujer?... dijo éste.

—En la cama.

—¿Qué te ha dicho?

—Que deje la puerta abierta. Te espera.

—¿Qué piensas hacer? Nada.

—Que situación la mía, ¡gran Dios!

—¿Te pesa? Pues es la que conviene á un hombre que dice que me ama más que á su vida. ¿No me tienes aquí, delirante, loca de amor, que vengo á hacer-te compañía para que no te aburras en la soledad?

—¡Oh! si al menos me abrasases en el fuego de tu pasión... si me hicieses olvidar que allá arriba hay alguien que empieza á conocer que se ha casado con un miserable, y acaso proyecta en este momento romper los lazos que nos unen...

—¡Oh! si yo supiese que tal hiciera, no obstante mi repugnancia, yo te haría olvidar esos escrúpulos de un deber secundario; pero no, pasará algún tiempo; el escándalo tendrá lugar más tarde, cuando ella, harta de sufrir tu desvío, se queje á sus padres, y éstos te echen en cara tu proceder, te recriminen y hasta sospechen que les has engañado, y traten de romper vuestra unión. Yo espero este momento; entonces tu tendrás que confesar que no amabas á su hija, que me amabas á mí y que á mí vuelves.

—Pues si tal ha de ser el resultado, ¿á qué martirizar más el amor propio, acaso el amor de esa pobre mujer? Rompamos de una vez; dígame yo como mi perfidia la ha hecho desgraciada, como me hallo sujeto por una voluntad superior á la mía, y sin escándalo, sin ruido, quedarán rotos los vínculos que nos unen ante los hombres y ante Dios.

—La forma, me es indiferente.

—Entonces déjame que ésta misma noche rompa el misterio antes que Julia, acaso desesperada, salte del lecho y nos sorprenda. Quiero tener el derecho de proponerle nuestra ruptura, y que ella no la base en el hecho bochornoso de haberme sorprendido en una cita con la que cree de buena fé su camarera.

—Bien, sube; media hora, media hora no más para explicarte, para despedirte y para huir conmigo.

—Espérame aquí.

—Media hora, Alberto, ó no respondo de lo que pueda suceder.

Alberto subió la escalera con trémulo paso. Llegó al gabinetito, empujó la puerta del tocador y entró.

—Alberto mío, exclamó Julia, no te esperaba ya; creí que te habías quedado dormido en el jardín, añadió riendo.

Alberto penetró en la alcoba, iluminada tenuemente por la lámpara color de rosa. Un delicado olor á cedro y ambar llenaba la habitación, en el lecho incorporada, con la garganta desnuda, los magníficos hombros adornados con lazos rosa, el cabello casi suelto, y la mejilla apoyada en una mano, blanca como el marfil, extremo de un brazo que parecía hecho á torno, y en cuyo codo se dibujaba gracioso hoyuelo, yacía Julia, cuyos hermosos ojos garzos acariciaban á su esposo, que acababa de aproximarse á la cama.

—¿Qué hacías abajo, Alberto mío? La noche está fresca y pudieras enfermar.

—Yo, Julia... venía...

—Vaya, hombre, dijo ésta, si no tienes sueño, siéntate á mi lado en este sillón; no, siéntate en la

cama; te quiero tener cerca y oírte decir que me amas como cuando éramos novios, como anoche cuando brindábamos por nuestro amor.

Y atraía á Alberto, que, sin fuerzas, se dejaba arrastrar por aquel brazo de alabastro.

—¿No eres tú mi marido? continuaba la enamorada esposa. ¿No soy yo tu mujer? Pues por qué he de avergonzarme de estrecharte contra mi corazón? Somos las mujeres tan desgraciadas, que no podemos manifestar nunca al hombre que adoramos nuestros sentimientos hasta que son nuestros. Tú ya eres mío ¿verdad Alberto? Dime que me quieres, que yo soy tu mujercita de tu alma.

—Sí... te quiero, contestó Alberto maquinalmente, enloquecido, á pesar suyo, con aquellas caricias primeras de la que era su esposa y tenía derecho á prodigárselas sin temores ni sobresaltos.

—No, no me quieres como yo. ¡Si vieras anoche cuánto he llorado! Creí que me despreciabas, que me creías fea, que te repugnaba y que huías de mí. ¡Huir tú! Acaso no me has dicho mil veces que no había para tí otra más hermosa en Madrid? Mírame bien, así de frente, señorito, que yo me vea en tus ojos.

Y acercaba el rostro tanto al de Alberto que sus alientos se confundían.

—Julia... sí, eres hermosa; pero yo...

—¿Qué tú eres feo?

—Yo soy un infame.

—Anda, tonto, no te acuerdes de ese sueño de chiquillo ¡tendido en un mal sofá! ¿tendrías frío, verdad amor mío? Y pensar que podías haber pasado la noche tan blando en esta cama de plumas, donde una se hunde. Dí, ¿verdad que ya no te acuerdas de eso?

—No, pero...

—Ea, calla ó te sello la boca.

—¡Julia!

—¿Qué nó? Pues toma, toma y toma.

Y Julia cerró con sus labios húmedos aquellos labios próximos á verter la desesperación en su alma.

Alberto sintió, al contacto de aquella boca perfumada, como una oleada de lava que le subía de las entrañas é invadía su cerebro. Rodeó la cintura de Julia cubierta con la fina batista y libó sobre sus labios la copa dulcísima del deleite.

Loco, trastornado, fuera de sí, exclamó lanzándose del lecho:

—¡Espera!

Atravesó el tocador, asió con mano febril la llave de la puerta y cerró con doble vuelta.

Ya bien entrada la mañana, y mientras Alberto aún dormía, levantóse Julia y tiro del cordón de la campanilla esperando que Ana se presentase para ayudar á vestirla.

En vano esperó cinco minutos.

Volvió á agitar la campanilla, y el mismo resultado.

Entonces la llamó desde la puerta, pero Ana no acudió tampoco.

—¿Qué es esto? exclamó, ¿estará aún dormida?

Fué hasta el cuarto de la doncella; no se hallaba allí, y el lecho estaba intacto.

Hizo acudir á otras criadas, al criado, y nadie daba razón de Ana.

Buscóse la por toda la casa, por el jardín, por la huerta. Ana había desaparecido.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18. —Madrid.

